



*Si el mañana nunca llega*  
(Segunda edición)

Ezequiel Jiménez

Copyright ©2012 Ezequiel Jiménez  
All rights reserved.  
www.cbhbooks.com  
Front Cover Photograph: Jon Schulte

Editors: F. P. Sanfiel and Manuel Alemán  
Designer: Ricardo Potes Correa

Published in the United States by CBH Books.  
CBH Books is a division of Cambridge BrickHouse, Inc.

Cambridge BrickHouse, Inc.  
60 Island Street  
Lawrence, MA 01840  
U.S.A.

No part of this book may be reproduced or utilized  
in any form or by any means, electronic or mechanical,  
including photocopying, recording, or  
by any information storage and retrieval system  
without permission in writing from the publisher.

Library of Congress Catalog Number: 2012938565  
ISBN 978-1-59835-304-4  
First Edition  
Printed in Canada  
10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

*Quiero darle las gracias al Señor  
por haberle permitido la vida a mis padres.*

*Y a mi madre,  
por haber soportado esos largos y dolorosos nueve meses.  
Gracias madre, te agradezco tu esfuerzo y valentía.*

*A mis familiares,  
que desde mi nacimiento, cuidaron de mí,  
cuando no podía hacerlo por mí mismo.*

*A mis verdaderos amigos,  
aquellos que siempre me apoyan sin pedir algo a cambio.  
A ustedes le debo mucho y siempre los tengo presente.*

*“El corazón es la fuente de los obstáculos  
entre la confianza y la fe que debemos tener”.*

—Mateos 15: 17-18,20

# Índice

Capítulo Primero	9
Capítulo Segundo	18
Capítulo Tercero	36
Capítulo Cuarto	51
Capítulo Quinto	59
Capítulo Sexto	68
Capítulo Séptimo	80
Capítulo Octavo	92
Capítulo Noveno	108
Capítulo Décimo	120
Capítulo Decimoprimer	138
Capítulo Decimosegundo	148
Capítulo Decimotercero	158



# Capítulo Primero



Casi toda mujer, sobre la faz de la tierra, tiene por lo menos dos sueños: casarse y tener hijos. De hecho, posiblemente, este es el sueño de todo ser humano. El propósito del matrimonio es formar una familia, de eso depende parte de la felicidad. No es un rompecabezas, pero es importante encontrar las piezas correctas. Si buscamos muy a fondo, podemos encontrar que eso fue lo que Dios quiso hacer desde la creación del mundo. Esto es parte de lo que aprendí de mi padre antes de que se fuera a un lugar ignoto.

De niño, en el hogar, nos hablaban del progreso y de lo importante que es la educación para lograrlo. A veces, pensamos en recorrer el mundo en busca de la felicidad y de los sueños, pero casi nunca nos damos cuenta de que esa felicidad y esos sueños siempre han estado a nuestro lado. Les contaré la historia de una niña que vivió y murió en busca de sus sueños. Ella fue mi madre, y se llamó Teresa.

Vivió en la región del Cibao, en la República Dominicana, y era una soñadora; siempre tuvo en mente llegar

más allá, adonde sus padres nunca pudieron. Entre sus metas, también estaba la ilusión de encontrar a su príncipe azul, uno de esos que solo se sueñan. Desde muy pequeña, sus padres le enseñaron a perseverar y a tener fe para lograr las metas. Ellos creían que todo lo que se hace con apuro casi siempre termina mal.

Crecía, y también recordaba la perseverancia que sus padres le habían inculcado, pero progresar en su mundo era similar a ver un pez viviendo fuera del agua. Siempre ayudó a sus padres con los quehaceres del hogar, y no pudo estudiar, porque la escuela más cercana quedaba a tres horas de su casa.

A los quince años, se le despertó el deseo sexual. Las hormonas le producían sensación de deseo, y empezó a observar el cambio drásticamente. Se miraba en el espejo y veía su cuerpo de señorita, sonriendo al percibir el crecimiento de sus mamas. Siempre tenía preguntas respecto a los cambios físicos que le estaban ocurriendo, pero no se atrevía a preguntarles a sus padres. Le gustaba arreglarse su pelo a menudo, y esperaba con ansias la llegada del amor que tanto anhelaba. No estaba desesperada, pero sentía que el tiempo de ser amada había llegado.

Meses después de haber cumplido años, conoció a Antonio, un joven que pasaba todas las tardes frente a su casa montado en un caballo; era un caballo elegante, de paso fino, alto y fuerte. Él trabajaba cerca de la casa de ella, atendiendo una finca dedicada a la crianza de ganado, en la que ganaba dos mil pesos al mes. El dueño era un señor acaudalado y vivía lejos, en la ciudad. Se mantenía de su ganado gracias a las ganancias que Antonio le producía. Este se dedicaba a llevar las vacas al río para que bebieran, y también las vacunaba y alimentaba.

El oficio no era fácil de lidiar, pero aun así, Antonio



amaba su trabajo. Por la tarde, después de atender al ganado, volvía a su casa. En una de esas tardes, se encontró con Teresa.

—¿Cómo estás? —le preguntó Antonio, nervioso como era de esperar. Antonio había fijado la mirada en ella desde meses atrás, pero nunca se atrevió a abordarla. Ese día, por una razón que hasta él mismo desconoció, se le acercó.

—Bien, gracias —contestó Teresa amablemente, con una sonrisa en los labios. Ella había esperado ese día desde hacía largo tiempo, y como habían entablado un diálogo por vez primera, trató de mantenerlo.

—Mi nombre es Antonio. ¿Cuál es el tuyo? —interrogó obsesionado por saberlo, y mantuvo la mirada ilusionada fija en su rostro. Según lo que me contó él años después, en ese instante fue cuando le entregó el corazón.

—Teresa —respondió sin decir nada más.

La conversación continuó un rato más, y esa misma rutina continuó durante dos semanas. Aquellos encuentros llenaban el vacío que ambos sentían y que, a la vez, fortificaban aquel amor que nació en un día especial. Lo bueno de la situación era que ella sabía la hora a la que él pasaba, y lo esperaba todos los días sentada en una mecedora frente a su casa. Como el amor es un lenguaje corporal, no fue necesario que hablaran mucho para descubrir que se gustaban mutuamente, pero de todos modos, tuvieron que hacerlo para romper el silencio.

Ambos, en su mundo, estaban alegres. Mi padre soñaba despierto, y mi madre no podía dormir. “Qué extraño”, le dije a mi padre cuando me contó esa parte. A mi madre no le molestaba el desagradable olor a ganado que mi padre traía consigo a la hora de encontrarse. Entonces, comenzó la vida de las ilusiones para ambos.

Una tarde, mientras declinaba el crepúsculo para dar paso a la oscuridad de la noche, él le entregó una carta.

No era una carta con dibujos de corazones o flores. En las pocas palabras del corazón, le escribió pidiéndole que fuera su novia.

—¿De qué se trata? —le preguntó Teresa feliz, suponiendo que sería una carta de amor.

—Léela, y dime qué piensas —le respondió Antonio con una sonrisa plasmada en su rostro.

—Está bien, te diré lo que piense —le respondió finalizando la conversación.

Él se marchó de inmediato, y ella fue a descubrir qué misterio guardaba aquella carta.

Como no sabía leer ni escribir, una amiga se la leyó. Se emocionó, al escuchar las palabras que salían de la boca de su amiga.

*Llevo varios meses observándote cada vez que cruzo por el frente de tu casa, después que salgo de la finca en mi caballo. Nunca he tenido el atrevimiento de hablarte, quizá por miedo. Pero también porque siempre estoy con el “apeste” a ganado.*

*Hay algo en ti que me gusta. Quizá tus lindos ojos o tu hermosa y tierna sonrisa. No sé. Me gustaría ser tu novio. Quiero conocerte mejor y quizá, convertirme en mi mujer. ¿Te gustaría ser mi novia?*

*Antonio*

Después de haberle leído la carta, Teresa vibró de alegría.

—¡Qué lindo! —le expresó a su amiga.

—Es buen chico. Llevo tiempo conociéndolo. Te lo recomiendo —le manifestó en forma de aprobación.

—Por supuesto —le recalcó.

Dos días después aceptó, con la ilusión de haber encontrado a su príncipe azul.

Sus padres nunca estuvieron muy convencidos de aquel noviazgo, ya que los muchachos del barrio solían aprovecharse de las muchachas en aquellos tiempos. De ese modo, y en un acto de desesperación, hicieron lo que cualquier padre hubiese hecho: le pusieron las cartas sobre la mesa a Antonio.

—Espero que cumplas con mi hija, porque no responderé si algo le llega a pasar a tu lado —le manifestó su padre a Antonio; mientras su madre permanecía en silencio, escuchando la conversación sin opinar.

—No tiene por qué preocuparse. Ella estará en buenas manos, y prometo cuidarla —respondió Antonio, garantizándole que protegería a su hija.

Como les pareció un hombre honesto y trabajador, finalmente accedieron. La costumbre, por aquel entonces, era que los novios solo podían verse en la casa de ella hasta que la relación se formalizara para, finalmente, casarse. Era algo muy bien pensado para que las personas del barrio supieran que eran novios y se viera el respeto mutuo.

A los diecisiete años cumplidos, ella se fue de la casa de sus padres y se mudó junto con Antonio a otra que él había heredado de su padre. Aquella fue una escena como sacada de una película romántica. Salió por una ventana y se marchó a medianoche, montada en el caballo de Antonio, como era usual. En aquellos días, simplemente eso estaba considerado como casarse, aunque no hubieran pasado frente a un altar. Los padres de ella estaban felices porque él hacía feliz a su hija. También hubo algo de tristeza, como era de esperar.

Los días y los meses fueron pasando, y su dicha al lado de Antonio era cada vez más intensa. Vivían en una casa hecha de madera, con techo de hojas de yagua. Tenía un fogón fuera, en el que cocinaban con leña. En el patio había gallinas y una vaca.

Su hogar estaba rodeado por la sabana y, en la distancia, podían divisarse los montes. Ella solía lavar la ropa en un riachuelo que pasaba justo enfrente de su casa. A lo largo de su curso, un poco más abajo, tenía una pequeña cascada que producía un sonido relajante.

Antonio continuó atendiendo el ganado y trabajando en diferentes fincas para ganarse el sustento. Era flaco, alto y de pelo trigueño y corto. Teresa, de baja estatura y delgada. Su pelo caía desde la cabeza hasta los glúteos. Ella acostumbraba a caminar descalza, mientras que Antonio solía usar un par de botas de goma que le llegaban hasta las rodillas. También llevaba un machete colgado a la cintura.

Todos los días, a la hora de la comida, daban gracias a Dios por los alimentos, aunque no eran nada especial. Sobrevivían gracias a los huevos, la leche de vaca, los plátanos y otros frutos. Siempre estaban conformes con lo que Dios quisiera darles.

Por las noches dormían arropados por el silencio, bajo un mosquitero viejo que les acompañó durante años. Las noches de invierno eran frías y largas. Temprano, por la mañana, ella ordeñaba la vaca. Después, acostumbraba a las gallinas a poner los huevos debajo de la cama. Antonio llevaba a casa, de vez en cuando, víveres de los campos donde trabajaba.

A veces se sentían solos, porque la casa más cercana estaba a medio kilómetro de distancia; además, en los días de lluvia no podían salir, porque todo a su alrededor se convertía en un lodazal.

A principios del año siguiente, Teresa quedó embarazada. Para colmo de males, Antonio no tenía trabajo por aquel entonces, porque el dueño de las vacas las había vendido y las faenas escaseaban. La situación empeoró.

—Mi amor, no te preocupes tanto, que con Dios por delante, todo saldrá bien.

—Amén. ¡Qué así sea!

Los meses pasaban, y ella no tenía la alimentación necesaria para nutrir su cuerpo y el de la criatura que llevaba en su vientre. Desesperado por la situación, Antonio vendió las gallinas, la vaca y un becerro que había comprado meses atrás.

Después, la comida les llegaba porque algunas personas los ayudaban. La situación se puso cada vez más recia, y la angustia los atormentaba. Aun así, no perdieron la fe y, como creían que todo iba a salir bien, se mantuvieron firmes ante lo que pudiera pasar.

De vez en cuando, Antonio trabajaba a cambio de comida. Y Teresa, iba a diferentes casas a lavar, por un poco de dinero. “Tienes que nacer”, susurró Teresa una tarde, mientras acariciaba su vientre. Vivía preocupada, con miedo a lo que el futuro cercano le podría traer. Por otro lado, Antonio seguía buscando el sustento a toda costa.

Pocos se apiadaban de ellos, en especial aquellos que podían cambiarle la vida de la noche a la mañana. Pero nada hacían al respecto. Antonio vivía lamentándose porque no había trabajo, y sus intentos de progreso eran en vano. La precaria situación de trabajo lo había llevado a un estado de ánimo que lo hacía sentir sin fuerzas. Teresa comenzó a notarse pálida. Su rostro se parecía al de una persona cuando está adormilada. Los meses transcurrieron, y nada les mejoró o cambió la situación.

Un mes antes de dar a luz, el doctor que la chequeó la primera vez dijo que el parto podía ser riesgoso, porque ella estaba muy débil. No había dinero para la alimentación.

—Aquí tiene unas vitaminas que le voy a proporcionar gratuitamente —le dijo el doctor.

—Es que no tenemos dinero para los alimentos. Mi esposo se quedó sin trabajo y la situación está mal.

—La comprendo —asintió el doctor—. Solo espero que el día del parto todo salga bien. Pídale a Dios para que esa criatura vea la luz de la vida.

—Gracias doctor —le agradeció Antonio.

Después de ese día, Antonio iba a la iglesia a diario durante las últimas semanas antes del alumbramiento. Allí le pedía a Dios por su mujer y la criatura que venía en camino. “Señor, protege a mi esposa y a la criatura que ha de venir”, oraba arrodillado.

El día anterior al parto, decidieron quedarse en el hospital porque no tenían a nadie que pudiera llevarlos en caso de emergencia. Los dolores comenzaron esa misma noche. Antonio apretaba la mano de Teresa con fuerza. Estaba angustiado, y la tensión cada vez era mayor. Desesperado ante la situación, rogó a Dios que todo saliera bien.

—Guarda esta carta por si me sucede algo —le pidió Teresa.

Antonio la guardó en un bolsillo del pantalón y no la cuestionó. Los dolores eran cada vez más intensos. De repente, entraron dos doctores y una enfermera, y Antonio salió del cuarto dejando que ellos hicieran su trabajo. Ni siquiera imaginó que aquella sería la última vez que vería a su mujer con vida.

Mientras extraían a la criatura, Teresa tuvo una hemorragia tan fuerte que resultó incontrolable. Como era un hospital público, no estaba lo suficientemente preparado para una situación así. Los doctores, al ver que tenían que hacer algo de inmediato, se preocuparon, principalmente, de que naciera la criatura. Media hora después, Teresa alumbró a una niña preciosa, pero ya no estaba con vida para verla. Llegó el momento más difícil para el doctor.

—Su mujer no ha podido aguantar el parto y ha fallecido a causa de una hemorragia —le informó a Antonio al salir del paritorio. Antonio se desmayó. Un par de enfermeros lo llevaron a una sala donde permaneció por un rato. Cuando despertó, el doctor regresó donde él estaba.

—Lo siento mucho —le dijo el médico mientras ponía una mano sobre su hombro. Antonio no respondió, solo se quedó mirándolo con la mirada perdida.

—¿Qué nombre piensa ponerle a su hija? —le preguntó. Antonio volvió a mirarle y tardó en contestar.

—Teresita —dijo finalmente con un nudo en la garganta.